



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEON

CARTA APOSTÓLICA DE SU SANTIDAD

(Continuación.)

Maestra legítima de la moral evangélica, no sólo es la consoladora y salvadora de las almas, sino también fuente perenne de justicia y santidad, así como propagadora y tutora de la verdadera libertad y de la igualdad única posible. Aplicando la doctrina de su divino Fundador, mantiene en fiel equilibrio los justos límites en todos los derechos y en todas las prerrogativas del organismo social. La igualdad que proclama, conserva intacta la distinción de los varios órdenes sociales evidentemente exigidos por la misma naturaleza, y la libertad que proporciona, con el fin de impedir la anarquía de la razón emancipada de la fé y abandonada á sí misma, no ofende los derechos de la verdad, que son superiores á los de la libertad, ni los derechos de la justicia, que son superiores á los del número y de la fuerza, ni los derechos de Dios, que son superiores á los derechos del hombre.

Y no es menos fecunda en bienes en el orden doméstico. Porque no sólo resiste á las malas artes con que la licencia de los incrédulos atenta contra la vida de la familia, pero propone y conserva la unión y la estabilidad conyugal, defiende y promueve su honestidad, su fidelidad, su santidad. Y á ese mismo tenor sostiene y consolida el orden civil y político, ayudando

por una parte eficazmente á la autoridad, y mostrándose por otra amiga de las sabias reformas, de las justas aspiraciones de los súbditos: imponiendo el respeto y obediencia debidos á los príncipes, y defendiendo en todo caso los derechos imprescriptibles de la conciencia humana. De esta manera, los pueblos dóciles á la Iglesia se mantienen por virtud de ella igualmente distantes de la servidumbre y del despotismo.

Teniendo Nós conciencia de esta divina virtud, desde el principio de Nuestro Pontificado nos aplicamos constantemente á poner á la vista y como en relieve las miras benéficas de la Iglesia y á extender, cuanto fuera posible, junto con el tesoro de la doctrina, su saludable acción. A este fin fueron dirigidos los actos principales de Nuestro Pontificado, señaladamente las Encíclicas sobre la *filosofía cristiana*, sobre la *libertad humana*, sobre el *matrimonio cristiano*, sobre la *secta de los masones*, sobre los *poderes públicos*, sobre la *cuestión obrera*, sobre los *principales deberes de los ciudadanos cristianos* y sobre otros argumentos afines. Pero el voto ardiente de Nuestro corazón no fué solo iluminar los entendimientos, sinó también mover y purificar los corazones, enderezando todos nuestros esfuerzos á hacer que vuelvan á florecer en los pueblos las virtudes cristianas. Así que no cesamos, con exhortaciones y consejos, de levantar las almas á aquellos bienes que no son caducos, procurando ordenar el cuerpo al alma, el hombre á Dios, la peregrinación terrena á la vida celestial. Bendecida por el Señor, Nuestra palabra ha podido contribuir á vigorizar las convicciones de muchos, á ilustrarlos mejor en las arduas cuestiones presentes, á estimular su celo, á promover varias maneras de obrar, que surgieron y continúan surgiendo en todos los países en favor principalmente de las clases desheredadas, reanimando aquella caridad cristiana que encuentra en medio del pueblo su campo predilecto. Si la recolección de la mies, Venerables Hermanos, no ha sido más copiosa, adoremos á Dios soberanamente justo, y supliquémosle al mismo tiempo que se apiade de la ceguedad de tantos y tantos á quienes desventuradamente es aplicable la temerosa lamentación del Apóstol: *Deus hujus seaeculi exaecavit mentes infidelium, ut non fulgeat illis illuminatio evangelii gloriae Christi.* (Cor, IV, 4.)

VI

A medida que la Iglesia católica explica su celo para bien moral y material de los pueblos, los hijos de las tinieblas se levantan poseídos de rencor contra ella, y no hay medio que no empleen con el fin de empañar su divina belleza é impedir su acción vital y redentora. ¡De cuántos sofismas echan mano, de cuántas calumnias! Una de sus más pérfidas artes es presentar á la Iglesia, ante los ojos del vulgo imperito y de los Gobiernos suspicaces, como hostil á los progresos de la ciencia, como enemiga de la libertad, como usurpadora de los derechos del Estado é invasora del campo de la política. Acusaciones estúpidas, mil veces repetidas y otras tantas destruidas por la razón, por la historia, por el unánime consentimiento de los hombres honestos y amigos de la verdad.

¿La Iglesia enemiga de la ciencia y de la cultura? No hay duda sinó que ella es vigilante custodia del dogma revelado; pero esta vigilancia la hace justamente fautora benemérita de la ciencia y protectora de toda buena cultura. No; abriendo el entendimiento á la luz de la revelación del divino Verbo, verdad suprema y principio original de todas las verdades, no se causará jamás, bajo ningún respecto, perjuicio alguno á los conocimientos racionales; antes, por el contrario, las irradiaciones del mundo divino añadirán siempre virtud y claridad al entendimiento humano, preservándolo, en las cuestiones de mayor importancia, de incertidumbres angustiosas y de errores. Por lo demás, diez y nueve siglos de gloria, conquistada por el catolicismo en todos los ramos del saber, bastan muy cumplidamente para destruir ese infundado aserto.

A la Iglesia católica se la debe reconocer el mérito de haber propagado y defendido la sabiduría cristiana, sin la cual el mundo yacería aún en las tinieblas de las supersticiones paganas y en el estado abyecto de la barbarie; gloria suya es haber conservado y transmitido los preciosos tesoros de las letras y de la antigua ciencia, haber abierto las primeras escuelas del pueblo y creado Universidades que existen y son célebres aun en nuestros días, y haber, en fin, recogido bajo sus alas protectoras á los más insignes artistas y haber inspirado

la literatura más alta, la más pura y gloriosa entre todas las literaturas.

¿Enemiga de la libertad la Iglesia? ¡Oh, qué horriblemente se desfigura un concepto que, bien considerado encierra uno de los más preciosos dones de Dios, abusándose de él para justificar la ciencia! Porque si por libertad se entiende estar uno exento de toda ley y de todo freno para hacer lo que se le antoje y agrade, sin duda será ella objeto de la reprobación de la Iglesia y aun de la de toda persona honrada; pero si se entiende por libertad la facultad racional de obrar desembarazada y ampliamente el bien, según las normas de la ley eterna, en lo cual consiste precisamente la libertad digna del hombre y provechosa á la sociedad, nadie más que la Iglesia la favorece, la alienta y lo protege. La Iglesia, en efecto, con su doctrina y con su acción, libró á la humanidad del peso de la esclavitud, anunciando la gran ley de la igualdad y de la fraternidad humana; ella ha asumido en todos los siglos el patrocinio de los débiles y de los oprimidos contra la prepotencia de los fuertes; con la sangre de sus mártires reivindicó la libertad de la conciencia cristiana, restituyó á la mujer y al niño la dignidad de su noble naturaleza y la participación en los mismos derechos de respeto y de justicia, concurriendo grandemente á introducir y mantener la libertad civil y política de los pueblos.

¿Usurpadora la Iglesia de los derechos del Estado é invasora del campo de la política? Pero ella sabe y enseña que el divino Fundador mandó dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, sancionando de este modo la distinción inmutable y perpétua entre una y otra potestad, supremas ambas en su respectiva esfera; distinción fecunda que tanta parte ha tenido en el curso progresivo de la civilización cristiana. Extraña en su espíritu de caridad á toda intención hostil, sólo se propone coordinar su acción con la de la potestad civil para obrar, ciertamente, sobre el mismo sujeto, que es el hombre, y sobre la misma sociedad, pero por aquellas vías y con aquellos altos designios que conforman con su divina misión. Así donde quiera que la acción de la Iglesia sea

acogida con buena fé, se tornarían fácilmente asequibles las innumerables ventajas antes recordadas.

El suponer miras ambiciosas en la Iglesia es lanzar contra ella una calumnia ya muy antigua, de la cual se sirvieron como de pretexto sus enemigos para cohonestar sus opresiones; y la historia, meditada sinceramente, no ocupado el ánimo de especies preconcebidas, testifica ampliamente que, lejos de intentar la Iglesia suplantar á los poderes civiles, ha sido ella víctima muchas veces, á imagen de su divino Fundador, de usurpaciones é injusticias; y la razón de esto es que su potencia y virtud consiste en la fuerza del pensamiento y de la verdad, no en el poder de las armas.

VII

Esas y otras calumnias semejantes tienen su origen y raiz en una voluntad dañada. Y aquí será bien notar que en esta obra desleal y perniciosa prevalece sobre todos los enemigos una secta tenebrosa que la sociedad lleva desde hace largos años en su seno, á modo de enfermedad mortal que contamina su salud, su fecundidad y hasta su vida. Personificación permanente de la revolución, la secta á que aludimos constituye una especie de sociedad vuelta del revés cuyo intento es un predominio oculto sobre la sociedad reconocida, y cuya razón de sér consiste en la guerra á Dios y á la Iglesia. No es preciso nombrarla, porque todos conocen por estas señales á la *masonería*, de la cual hablamos de propósito en Nuestra Encíclica *Humanum Genus* de 20 de Abril de 1884, denunciando sus malignas tendencias y sus obras nefastas. Esta secta, que abraza en inmensa red á casi todas las naciones y se dá la mano con otras sectas, á las cuales mueve con ocultos hilos, halagando á sus afiliados con las ventajas que les procura, y doblegando á los que mandan, ora con promesas, ora con amenazas, ha llegado á infiltrarse en todas las esferas sociales y á informar cuasi un Estado invisible é irresponsable dentro del Estado legítimo. Llena del espíritu de Satanás, que, como decía el Apóstol, sabe transfigurarse en ángel de luz (II Cor. XII, 14), se atribuye jactanciosa fines humanitarios para realizar sus perversos planes; aunque hace declaraciones, y protestas de no tener miras

políticas, ejercita ampliamente su acción en el movimiento legislativo y administrativo del Estado; y mientras que profesa aparente respeto á las autoridades constituidas, y aun á la misma religión, cifra sus miras como en supremo fin (lo afirman sus mismos reglamentos) en la ruina y exterminio del imperio y del sacerdocio; que ella tiene por enemigos de la libertad.

Cada día se hace más patente que á las sugerencias y á la complicidad de esta secta deben atribuirse, en gran parte, las continuas vejaciones contra la Iglesia y la recrudescencia de las recientes ofensas. Y á la verdad, la simultaneidad de las embestidas en la persecución que de repente ha estallado en estos últimos tiempos, como la tempestad que sobreviene estando el cielo sereno, sin haber causa proporcionada á tales hechos; la identidad en el modo de preparar los asaltos por medio de la prensa diaria y de reuniones públicas y representaciones teatrales; el usarse en todas partes de las mismas armas, conviene, á saber, de la calumnia y de las excitaciones populares, muestran la identidad de los propósitos y de «la palabra de orden» que sale del mismo centro directivo. Episodio que se asocia al plan preestablecido y que se viene ampliamente realizando, para multiplicar los daños ya por Nos enumerados, y, sobre todo, para restringir la enseñanza religiosa hasta excluirla por completo, formando así generaciones de indiferentes y de incrédulos, para impugnar con la prensa la moral de la Iglesia, y, finalmente, para hacer mofa de sus piadosas prácticas y profanar sus sagradas fiestas.

Y es natural que el sacerdote católico, llamado á difundir prácticamente la religión y á dispensar sus misterios, sea puesto en lo más alto con mayor saña, con el fin de amenguar su autoridad y su prestigio á los ojos del pueblo. Ya la audacia crece de día en día, interpretando siniestramente sus actos, dando por hechos reales las sospechas y lanzando contra él las más vulgares acusaciones; y crece en proporción á la impunidad con que cuentan. De esta suerte se allegan nuevas injurias á las que viene sufriendo de algún tiempo á esta parte con el tributo que tiene que pagar á la milicia, tributo que lo impide recibir la oportuna preparación religiosa, y con la

expoliación del patrimonio eclesiástico, constituido libremente por la piedad y generosidad de los fieles.

Por su parte, las Ordenes y Congregaciones religiosas, que en la práctica de los consejos evangélicos son la gloria no menos de la religión que de la sociedad, se ven convertidas en signo y blanco de vilipendio. Duelo nos causa recordar cómo, aun recientemente, han sido maltratadas con odiosas y no merecidas disposiciones que ninguna alma recta puede menos de reprobar altamente. Y no han valido para salvar esos beneméritos institutos ni la integridad de la vida contra la cual no han podido dirigir sus enemigos imputaciones serias y fundadas, ni el derecho de la naturaleza, que consiente la asociación con fines honestos, ni la Constitución ley fundamental, que la sanciona, ni el favor de los pueblos reconocidos á los servicios que las Ordenes y Congregaciones prestan con las ciencias, con las artes, con la cultura agrícola y con la caridad que derrama sus dones sobre la clase numerosa de los pobres. Así, hombres, doncellas, hijas del pueblo que han renunciado espontáneamente á las alegrías de la familia, para consagrar al bien del prójimo en pacíficas Asociaciones la juventud, los talentos, la actividad, la vida misma, se ven condenadas, como cuerdas de delincuentes, en medio de la libertad que tanto se decanta, al más inicuo ostracismo.

Pero no es de maravillar que los hijos más caros sean de este modo flagelados, cuando no se trata mejor al Padre, que-remos decir, al que es la cabeza misma del catolicismo, al Romano Pontífice. Los hechos sobre este punto son bien conocidos. Habiéndosele arrebatado, junto con el principado civil, aquella independendencia que le es necesaria para su misión universal y divina, condenado en su misma Roma á estar encerrado en la propia morada, como quien se halla sitiado por potencia enemiga, fué reducido, no obstante irrisorias garantías de respeto y promesas de libertad, á condiciones anormales, injustas é indignas de su excelso ministerio.

Harto conocemos por propia experiencia los múltiples obstáculos que le crean, desfigurando sus intentos y ultrajando su dignidad, y así se hace más y más evidente que la rapiña de la soberanía civil fué consumada para tirar por los suelos

la potestad de la cabeza de la Iglesia; designio por otra parte reconocido y confesado con franqueza por los mismos que lo concibieron y pusieron por obra. Este es un hecho que, bien considerados sus efectos, no es solamente antipolítico, sino también antisocial; porque las heridas causadas á la religión son también heridas en el corazón de la sociedad. Dios, que ha dotado al hombre de cualidades esencialmente sociales, conforme á los designios de su providencia, instituyó su Iglesia y la colocó, según el lenguaje bíblico, sobre el monte de Sión, para que sirviese de luz y con sus rayos fecundantes desenvolviese el principio de la vida en los múltiples aspectos de la sociedad humana, comunicándola normas sapientísimas y celestiales, conforme á las cuales pudiese tomar la posición más conveniente. La sociedad, pues, que se sustrae á la Iglesia, que es parte considerable de su fuerza, se precipitará sobre su ruina, puesto que separa aquello que Dios quiere que esté unido.

(Se continuará.)

**Asociación de SUFRAGIOS MÚTUOS del Clero
de la Diócesis.**

Núm. 8.

El día 11 de los corrientes falleció el Presbítero D. Vicente García, de Fontihoyuelo, y habiéndose hecho constar que pertenecía á la Asociación y por certificado del Sr. Arcipreste que tenía aplicadas las Misas, todos los asociados celebrarán por él la de Reglamento.